

Trabajo

PERIODICO SINDICALISTA LIBERTARIO
(ADHERIDO A LA A. A. I.)

PRECIO 5 CENTS.

APARECE LOS SABADOS

Redacción y Administración:

CUAREIM, 1321

Teléf. La Uruguay 2429 - Colonia

Suscripción mensual: 0.20 cents.

ARGENTINA:
NÚMERO SUELTO: 10 CENTAVOS
Giros a Canzio Colorti

¿Al otro día de la revolución, se vivirá la Anarquía?

Este problema preocupó a todos los sociólogos y sobre él se ha teorizado muchísimo. Hay quien pretende demostrar con hechos históricos (Revolución francesa, idem mexicana y rusa) que no podrá vivirse ni allegarse siquiera a la Anarquía, después de la Revolución Social. Pero olvidan, los que esto afirman, que aún no se ha hecho todavía una revolución, netamente anarquista, y que esta revolución para ser tal, debe ser la última, debe ser definitiva, porque ella no va contra el burgués, contra el legislador o gobernante, contra el cura o el policía. Ella va dirigida a las instituciones, es decir, contra el Capital (dinero, terrenos, usurpación, propiedad) y rebela contra el Estado (leyes, militares, policías, patriotismos, instituciones militares, etc.), contra la Religión (ignorancia, vicios y fanatismo) y principalmente contra todo germen de gobierno.

En las revoluciones francesa, mexicana, etc., si bien hubieron anarquistas que tomaron parte activa en ellas, no quiere eso decir que invirta que surgió de allí la comuna anarquista.

Los anarquistas toman parte en todas las revoluciones de carácter social por que saben que de toda revolución depende un cacho de libertad y de progreso. Por las revoluciones el imperio se hizo república y las repúblicas se harán comunidades libres. Y porque de las revoluciones pequeñas o grandes surgen enseñanzas que deben aprovechar los revolucionarios anarquistas, sólo allí pueden hacer psicología de la masa heterogénea (consistente e inconsistente).

Además esas minorías netamente anarquistas toman la práctica de aprovechar los verdaderos momentos psicológicos, de quien Kropotkin habla admirablemente, pintando de paso, dos hechos de las vísperas mismas de la revolución francesa del año 1789.

«Lanstabot — dice Kropotkin — redactor de «La Revolución en París», frente al café «Foy» arengó a 4000 hom-

bres, para libertar a los soldados que fueron presos por no tirar sobre una multitud. Se inicia la revuelta, al mismo tiempo que por otra parte, Camille Desmoulins (15 de Julio), influyó en el asalto del monasterio de San Lazaro a los gritos de: «Pan, pan!» Deteniendo 50 carros de harina y repartiendoles entre el pueblo hambriento. (1)

Todas las revoluciones tienen una víspera análoga. Una multitud regular, un ambiente revolucionario perfecto, un grito oportuno y una actitud aliva y decidida. El entusiasmo y la rebelión se encargan de lo demás.

Pero, y después, de la revolución? Después, sucedió lo que como un profeta ha anunciado, Carlos Malato, que, si la comuna revolucionaria no está guiada por las monías, anarquistas, «revolucionarias», aquella, desbarataza del yugo del Estado, es probable que intentará regentar las corporaciones, y estas a su vez no guardarán siempre el debido respeto a la libertad individual. Este orga- nismo, este gobierno, podrá ser más opresor que el del Estado porque será un amo más inmediato. (ejemplo: El Soviet Ruso).

Y dejamos nuevamente la palabra al compañero Malato, para que resuelva el problema planteado al principio.

Al día siguiente de la revolución, que en sus diversas fases puede durar diez o doce años, es lógico presumar que, de las diversas tendencias y doctrinas libertarias, formará un resultado, un modus vivendi, que si aún no es la Anarquía, protegerá no obstante la autonomía individual contra la opresión de la comunidad o de la corporación.

«Nadie es tan tiránico como el que desde un estado obscuro, ha llegado a ocupar elevados puestos, o sea, el ser recientemente emancipado». (2)

(1) «La Gran Revolución» tomo I P. Kropotkin.
(2) «Filosofía del Anarquismo» C. Malato.

Los tartufos de la organización

En todos los órdenes de la actividad humana impera aún, para desgracia de la especie, el odioso reinado de Tartufo.

Los hombres en lucha con un medio hostil, que guarda para ellos las más terribles amenazas, han tratado equivo- camente, a nuestro juicio, de esquivar los peligros de la lucha rodeando su acción de una aparente bondad, que están lejos de poseer en la inmensa mayoría de los casos.

La simulación ha sido y sigue siendo todavía el arma predilecta de los incapaces, de los que temen encararse frente a frente con la dura realidad diaria y lejos de ser sinceros consigo mismos y con los demás, optan por engañarse y engañar a los que les rodean, porque temen avergonzarse de sus verdaderas intenciones, si estas se pusieran de manifiesto.

Mentirosos por idiosincracia, procuran aparentar ser veraces en el mayor grado imaginable, plagados de vicios pretenden mostrarse a los ojos de los demás como arquetipos de honestidad, y virtud, falsos y calumniadores, simulan ser leales y enemigos de toda intriga, desarrollando su acción deletérea y corruptora amparados por el velo hipócrita con que se cubren.

Estos seres repulsivos y cobardes — logran a veces sus oscuros propósitos, gra-

cias a la incapacidad manifiesta de las colectividades, en cuyo seno existe por desgracia un terreno propicio para su natural desarrollo.

Hay que verlos esforzarse, muchas veces en vano, para engañar con sus actitudes hipócritas a los espíritus fuertes que no se dejan seducir por apariencias falaces, arrastrando al engaño a las almas ingenuas con sus falsas manifestaciones de bondad y de altruismo.

Obsesionados por la idea insana de aparentar lo que no sienten tan pronto simula un amor sin límites para aquellos a quienes pretenden reducir con sus mentirosas palabras, como un odio sagrado hacia aquellos con los cuales se identifican en su afán insensato de predominio.

La organización obrera no podía escapar a la influencia malsana de estos tipos despreciables, y en ella, como en todos los conglomerados humanos no triunfa siempre la verdad, ni la sinceridad halla un altar culto y respetado en el corazón de los hombres que la integran.

Por el contrario la mentira, el engaño, la intriga y la calumnia habilmente esgrimidas por los tartufos del proletariado hacen peligrar, a veces, el triunfo de la noble causa de la razón y la justicia.

Es que la virtud, la honestidad en los procedimientos no suele rodear a los que en ellas se inspiran para obrar, de esa brillante hojarasca con que los simuladores encubren las torpes y bajas pasiones que los impulsan.

La obra buena y ejemplar va acompañada de una modestia y una sencillez natural que es como la aureola que la circunda, pero que no refleja los falsos resplandores de un fuego de artificio que deslumina a los incautos.

La aparatividad y la jactancia de meritos, que no tiene, acompaña por el contrario la obra pequeña de los simuladores por lo que a veces suele engañar a las almas ignorantes.

En nuestro campo, existen por desgracia muchos espíritus pequeños que se pagan con el éxito de relumbrón que se obtiene fácilmente con sólo simular aquello que menos sentimos.

Pero estos pobres tartufos de una moral hipocrita, en el pecado, como dice el vulgo adagio, llevan la penitencia.

Apoiados los últimos resplandores de este fuego de artificio que les ilumina se pierden en la sombra y su pequeña figura se desdibuja poco a poco hasta sumirse por completo, quedando solo en las almas el recuerdo ingrato de su ruindad.

MEDITANDO

Los sistemas hechos para el futuro, carecen de lógica, porque, quien crea autorizado para dictar normas de vida para lo porvenir?

Creemos sinceramente, que nadie que tenga siquiera un átomo de buen sentido se tomaría la molestia de especular cual será la medida y la forma de todas las cosas relacionadas con la convivencia humana.

Los hombres, serán capaces de realizar sólo aquello que puedan haber concebido. Por lo tanto, no nos atrevemos a afirmar de que forma vivirá la humanidad en tal o cual época de la vida, máxime si se tiene en cuenta que hoy mismo hay hombres de gran voluntad para elevar sus vidas y, por ende, la vida humana; y se afanan intensamente en la prosecución de su obra, viniendo, además, a unirseles otras que también van comprendiendo cuán grande es la belleza y ruindad del medio en que se desenvuelven y cuánta influencia suele ejercer sobre los individuos, y tratan de substraer se a ella. Son éstos en realidad, verdaderos elementos de progreso, que trabajan en sí y en los que los rodean, en el sentido de enlucir y dignificar la existencia de la humana especie.

Por esto afirmamos que no se puede predecir de que forma y con arreglo a que método estará organizada la sociedad del porvenir.

A nuestro entender se vá organizando según las necesidades y la capacidad de los individuos, justificando — de paso — aquello de que «la función crea el órgano».

El renunciamiento, el relegar nuestra personalidad a último término, es algo con lo cual no estamos de acuerdo. Por eso no aceptamos, el criterio de que todos nuestros actos han de ser impulsados por los demás y no por nosotros mismos.

No somos cristianos. Si bien admiramos la nobleza del alma de Cristo, no aceptamos, en cambio, sus teorías para llevarlas a la práctica. No estamos dispuestos a que cuando se nos dé una bofetada en la mejilla derecha, presentar la izquierda para que se repita lo de aquella.

Queremos ser propulsores de nuestras propias acciones. Si alguna vez llegamos al sacrificio, que ello sea porque nos lo dicte nuestra conciencia.

No creemos que ese sacrificio debámos llevarlo a efecto creyendo que nuestra vida no nos pertenece, ni nos pertenecen a nosotros mismos, creyendo que nos debemos a los demás, y, que, por lo tanto, si ellos necesitan de nuestras vidas, debámos entregárselas.

Repetimos que no estamos de acuerdo con ese temperamento. Los hombres se

deben a sí mismos, y, por ende, su vida, pertenece únicamente, a sí propio.

Por lo tanto, son más sinceros, — y por esta sola causa más noble — los actos espontáneos, que los impulsados por deberes u obligaciones.

JUAN CARLOS TRUJILLO.

PIRIÁPOLIS

UNION GENERAL DE TRABAJADORES DE PIRIÁPOLIS

Compañero de la Redacción de «Trabajo»

Salud:

A raíz del último conflicto, provocado a los trabajadores por el despota Piriá que obligó a los buenos compañeros a emigrar de esa localidad, en la última asamblea realizada por esta entidad obrera, se acordó hacer entrega de los útiles a la F. O. R. U. con la cual mantendrán relación continua algunos de los miembros de la Comisión que allí permanecen en Pan de Azúcar.

Se resolvió así mismo hacer publico el balance desde que comenzó el movimiento huelguístico.

La comisión se hizo cargo de Tesorería con los siguientes fondos, \$7250 en el mes de Marzo, por cobranza de recibos \$920. Total \$8170.

Sufidas desde que comenzó el movimiento. Ayuda a los presos y familias de los compañeros, sin recursos y pago de los gastos de los delegados de la F. O. R. U., \$7281.

De estos \$089 se utilizarán para pagar el envío de los útiles a la F. O. R. U. y los \$800 restantes los entregaremos a «Trabajo» por ser lo que le debe esta sociedad por los paquetes recibidos.

Hemos resuelto entregar los útiles a la F. O. R. U. por no existir en Piriápolis compañeros de conciencia.

Si en el futuro logramos levantar de nuevo nuestro sindicato los reclamaremos a la F. O. R. U. a cuya custodia los entregamos.

JUAN HUERTA.

Nota.— Hemos recibido adjunto a esta carta, una nómina de los carneros que traicionan a sus hermanos. En el próximo número publicaremos sus nombres y apellidos para que el proletariado los conozca y sepa tenerlos en cuenta.

EL CALUMNIADOR

Existen seres, cuyo contacto envenena. Las heridas que infieren son más dolorosas y terribles que las del aspid, cuya mordedura produce un frío letal en nuestros glóbulos rojos, ocasionando la descomposición de nuestro organismo, precursora de una muerte segura, inevitable. Esos seres con su ponzoña hieren las almas y matan en los hombres los sentimientos más puros.

El calumniador es peor que el asesino, que nos acecha en la sombra y nos apunhalea por la espalda. Aquel trata de rasgar el velo de nuestra conciencia y arrojar sobre ellos el lodó, que a él le cubre, para presentarnos salpicados por su infamia al ludibrio cruel de nuestros semejantes. No hay hajeza de que no sea capaz el calumniador para conseguir, aunque sea en apariencia, el descrédito de su víctima.

Estos nenes abyectos han descendido tanto, que lo mejor es apartarse de ellos para impedir que su contacto nos contamine.

